

Una imagen de Strindberg

Segundo trabajo del Lliure, "La nit de les tribades", de Per Olov Enquist, esta vez presentado en la Sala Cadarso. Elección de espacio que supone dos reflexiones por parte del Centro Dramático: una, de orden sociocultural, centrada en la voluntad de llegar al público de la Sala —un público en su mayoría joven, estudiantil, progresista, formado por los espectáculos del Teatro Independiente— y romper la imagen un tanto burocrática de los Centros o Teatros Nacionales; otra, de orden poético, derivada de las características de la obra y de la muy congruente sospecha de que a su intimidad le iba mejor la modesta Cadarso que el María Guerrero. "La nit de les tribades" tiene, además, una impronta naturalista, casi documental, a la que conviene la cercanía del espectador y la desnudez áspera y humilde de la Cadarso.

La obra vale la pena. A su entidad dramática, a su interés intrínseco como obra teatral, añade el de indagación sobre la personalidad misógina de Augusto Strindberg. Una personalidad ampliamente volcada en el principio de la lucha de sexos y la crueldad psicológica de las mujeres. Títulos como "Los acreedores" y "Padre", representados en España durante las últimas temporadas, bastarían para subrayar esta singularidad de Strindberg, cuya vida privada vino a ser un doloroso paralelo de su obra.

Este es el fondo de donde emerge el trabajo de Per Olov. Imagina el autor un ensayo de "La más fuerte", cuyos dos únicos personajes interpretan Siri von Essen, en trance de divorcio de Strindberg, y María Carolina David, cuyas relaciones homosexuales con Siri contribuyeron a la separación del matrimonio. Strindberg se enfrenta en el ensayo con las dos mujeres. "La más fuerte" es sólo el pretexto para recordar el pasado y actualizar la lucha. Siri altera una y otra vez el sentido de la obra ensayada y, al final, ésta, en lugar de expresar la pugna entre dos mujeres por un hombre ausente, se convierte en una decla-



"La nit de les tribades", de Per Olov Enquist.

ración de amor entre las mismas. Según nos dice un cuarto personaje, transformado momentáneamente en narrador, Siri y María vivieron juntas a partir de aquel momento, y el estreno de "La más fuerte" —el 9 de marzo de 1889— constituyó un total fracaso; datos que se armonizan en la imagen de un Strindberg derrotado y esquizofrénico. Una novela del propio Strindberg, "Confesiones de un loco" —de 1888—, y el excelente estudio de Karl Jaspers, "Genio y locura", bastarían para clarificar el fondo biográfico de "La nit de les tribades" y cuanto hay en ella de documento. El que este documento sea el ensayo de una obra de Strindberg y el que, a su vez, este ensayo sea la obra de Peter Olov, crea una serie de planos —la realidad en el teatro; el teatro en el teatro— que rompen y rehacen continuamente la convención teatral. En última instancia, "La nit de les tribades" es un drama strindbergiano que, sin embargo, aclara y contiene muchas de las claves de ese amargo teatro, hijo de la lucidez, la locura y la soledad del autor.

El trabajo del Lliure es sólido y sensible en todos sus términos. En el espacio escénico, que esta vez firman Pep Duran y Nina Pawolwsy. En los criterios del director Fabià Puigserver. Y en la armonía estilística de unos actores entre los que, después de ver "Leonci i Lena" y "La nit de les tribades", es forzoso destacar ya dos nombres: el de Lluís Homar —que es aquí un cuarto personaje, introducido por Olov como

contrapunto cándido a tanta tensión— y el de Muntsa Alcañiz, una actriz fuerte y delicada, que ha pasado de Mozart a Strindberg sin perder nada de su vigorosa, transparente y creíble teatralidad. ■ J. M.

DISCOS

"Manhattan"

No, no me he equivocado, ni pretendo meterme en lo que no es de mi competencia. Sucede que el público en general empieza a darse cuenta con bastante unanimidad de que las películas tienen música, y hasta se sospecha que escribir o adaptar una partitura para la pantalla puede llegar a ser una tarea noble y de resultados a menudo fascinantes. La atención por las bandas sonoras, la reconsideración de la importancia de muchos compositores tenidos despectivamente por "artesanos" (¿Y qué mejor título?), es uno de los hechos más positivos que pueden producirse en los dos órdenes, musical y cinematográfico.

Por ello es de justicia que se subraye la edición de la música de "Manhattan" (CBS 73875), acontecimiento que en otras circunstancias pasaría inadvertido o, simplemente, no pasaría. En los títulos de crédito de "Manhattan" el nombre de George Gershwin recibe igual tratamien-

to que todos los demás. Al ver "Manhattan" se comprende que esto no es un mero reclamo o una boutade de intelectual reivindicante, y que si un descubrimiento ha de resaltarse en la película es el de que Nueva York suena con música de Gershwin.

Del disco pueden decirse muchas cosas. Puede, como buen principio, elogiarse la presentación, que habla del buen arte, la elegancia y el sentido de la economía del equipo de diseño dedicado por CBS a estos menesteres. Después hay que aclarar que no es la banda sonora propiamente dicha: faltan algunos temas, como "Let's Call the Whole Thing Off", que se escuchaba en la secuencia de la fiesta; otros, que interpretaba en el film la Sinfónica de Buffalo, con Tilson-Thomas, aparecen en el disco en versión de Zubin Mehta y la Filarmonía de Nueva York; la "Rapsodia en Blue" del disco no es la de la película, y hasta cambia el solista de piano (Gary Graffman, por Paul Jacobs).

Pero todo esto son minucias, y lo principal es que estamos ante uno de los más emocionantes alegatos que en favor de Gershwin se han podido hacer en mucho tiempo. La "Rapsodia en Blue" es tan importante aquí como en la película, figura en la primera cara como figuraba en el film en las secuencias iniciales, y recibe una interpretación igual de suntuosa y afirmativa. Pero aún más importante es la segunda cara, con esa sucesión increíble de canciones que se presentan como en la película y que evocan irresistiblemente la acción —¿puede concebirse un uso más funcional que el que se hace de "Strike Up The Band"?—. Las adaptaciones orquestales de Tom Pierson, las contadas apariciones de un pequeño grupo comandado por el pianista Dick Hyman —otro inseparable de la escena neoyorquina—, están tratadas convencionalmente, incorporadas a una banda sonora absolutamente "clásica". Hay un tema para cada personaje principal, varios arreglos en forma de scherzo para descripciones ambientales y subrayado de situaciones. El incomparable "He Loves and She Loves" se emplea con total eficacia como tema de amor, en tres secuencias cruciales y también clásicas, prácticamente tres re-